

ANTONIO GUTIÉRREZ VEGARA

Pedagogía contra demagogia

Si la demagogia es deplorable en general, se convierte en desestabilizadora cuando se emplea en terrenos especialmente sensibles para la convivencia social, como es el de la inmigración. Es lo que vienen haciendo en los últimos tiempos algunos propios, como los dirigentes del PP, y extraños, como el ministro del Interior francés, provocando el alarmismo ante un fenómeno que hasta el momento se está encajando con bastante más naturalidad de la que algunos esperaban. Baste recordar que el gobierno del PP llegó a romper el consenso que en torno a la ley de Extranjería había alcanzado junto a todos los partidos y agentes sociales en 1999, porque, al decir de Mayor Oreja, "era una locura decirle a la sociedad española que en un decenio podríamos llegar al millón de inmigrantes". A su juicio -desconfiado y afortunadamente profundamente equivocado-, la sociedad española no podría encajarlo.

Los inmigrantes regularizados representan ya casi el 9% de la población española, tasa similar a la de algunos países centrales europeos, con la diferencia de que allí la alcanzaron a lo largo de varias décadas y España la ha registrado en muy pocos años. Sin embargo, aquí no hemos vivido los conflictos entre comunidades que se han dado en Alemania con la turca y más recientemente con los colectivos procedentes del Este, en los Países Bajos con los subsaharianos o en Francia con los magrebíes. Tampoco se han formado barrios gueto de inmigrantes según sus lugares de origen en nuestras ciudades, como los podemos encontrar en Londres, Frankfurt o París. Habiendo sido más reciente y brusca la incorporación de una enorme diversidad de etnias y culturas a nuestra sociedad, en grandes ciudades y en pueblos del medio rural, no puede hablarse de choques generalizados ni de la entidad de los que, por ejemplo, estallaron en París y se extendieron a las principales ciudades francesas durante el otoño del año pasado. Y hasta hace pocas semanas la inmigración no era percibida por la mayoría con excesiva inquietud. Pero en un tiempo récord ha pasado a considerarse un problema de primer orden entre las preocupaciones de los españoles, como mostraba la encuesta recientemente publicada por este periódico, aunque no hayan cambiado los datos objetivos sobre lo que nos aportan ni sobre los flujos de personas que desean entrar en España.

A. GUTIÉRREZ VEGARA, presidente de la comisión de Economía y Hacienda del Congreso



JORDI BARBA

A PESAR DEL PP, EL Parlamento Europeo ha empezado a sentar las bases de una política común ante la inmigración

Porque sigue siendo cierto que con sus cotizaciones sociales se robustece el superávit de la Seguridad Social y se amplía el horizonte de nuestro sistema de pensiones, al que hoy por hoy no accede más que un inmigrante por cada treinta que cotizan, mientras que la proporción es de un pensionista por cada 2,6 cotizantes entre los españoles; igualmente pagan impuestos a las haciendas central, autonómicas y locales y, por tanto, contribuyen a financiar bienes públicos como la educación o la sanidad, de los que por cierto tam-

bién *consumen* menos que los nacionales en proporción a las contribuciones de cada colectivo. Dato que no deberían desconocer los principales responsables de entidades de ahorro de primer orden, ya que en buena medida están incrementando su clientela entre los inmigrantes y saben además de su bajísimo índice de morosidad.

Y asimismo continúa sin alterarse que la inmensa mayoría de la inmigración no viene en cayucos, sino que lo hace en avión, trenes y autobuses y entran por las fronteras, las más concurridas las que tenemos con Francia.

Aunque la percepción como problema de la inmigración haya subido en términos relativos en la escala de las inquietudes porque hayan bajado otras que antes angustiaban más como el terrorismo de ETA y el paro, no hay que pasar por alto la influencia que la demagogia electoralista está teniendo en los estados de opinión ni dejar de combatirla por el daño que puede terminar causándonos a todos, incluidos a los demagogos de hoy si llegaran a gobernar mañana. Y la peor manera de enfrentarse a ese reto es pegar bandazos en el discurso gubernamental hacia inverosímiles endurecimientos, que además pudieran sonar a disculpas por una regularización que se hizo bien, con rigor en la documentación exigida y con garantías de inserción laboral, no como otras anteriores en las que valía con exhibir un bono-bus. Esta vez se acordó con patronales, sindicatos y grupos parlamentarios, cuando antes se impusieron rompiendo consensos preexistentes y tuvo que hacerse porque lo verdaderamente masivo era el colectivo de irregulares -más de ochocientas mil personas- que dejó por las calles y ciudades de toda España cuando gobernaba el único partido que después se opuso a paliar el desbarajuste del que fue su principal responsable. Que este partido esté agitando el ambiente dentro y fuera de nuestro país mientras el actual Gobierno le sigue convocando al pacto de Estado en materia de inmigración marca el último contraste entre las actitudes de unos y otros.

A pesar del PP, el Parlamento Europeo primero y al día siguiente la cumbre de los ocho países europeos del Mediterráneo celebrada en Madrid han señalado con más pedagogía democrática las causas de la inmigración y con más responsabilidad han empezado a sentar las bases de una política común en este campo, condición imprescindible para una coordinación de las decisiones nacionales que adoptar en el futuro.●

LLUÍS FOIX

Muros de defensa

La construcción de un muro de más de mil kilómetros entre Estados Unidos y México, una muralla surtida con toda clase de equipamientos electrónicos para cortar el flujo masivo de latinos que quieren entrar en territorio norteamericano, es el inesperado paradigma de nuestro tiempo.

Los muros son defensivos. Los construyeron los chinos hace miles de años, los romanos lo situaron al norte de Inglaterra y en la edad media bordeaban las fortalezas y castillos de Europa. Lo acaban de levantar los israelíes para fijar con cemento las fronteras con Palestina y surgen tímidamente en Ceuta y Melilla para impedir que africanos de todas las procedencias salten a territorio español y europeo.

El muro de Berlín lo levantó Jruschov en 1961 para evitar la fuga masiva de alemanes a la república federal. Siendo muy joven lo vi levantar físicamente y también asistí 28 años después a su derribo.

Desde el final de la Gran Guerra de 1914 bastaban los puestos fronterizos, las aduanas, los puertos y aeropuertos para controlar el flujo de gentes que pretendían cruzar los límites de un Estado. La facilidad de movimientos, el hambre y la miseria empujan a miles de personas a desplazarse en busca de nuevos horizontes vitales fuera de sus tierras y sus raíces.

Pero los muros caen siempre y, a lo máximo, se convierten en curiosidades turísticas para generaciones posteriores. Occidente levanta ahora muros físicos. No por razones de seguridad, sino por miedo a que los *otros* acaben imponiéndose a *nosotros*. Es una reacción defensiva que no tiene que ser necesariamente la mejor ni la que nos garantice una mayor seguridad personal y colectiva.

Pienso que el muro más adecuado pasa por convencernos de nuestras propias convicciones, de nuestros valores, de nuestra aportación al progreso, a la libertad y a los derechos universales. El muro de la razón y de la generosidad. El colonialismo europeo ha usurpado los recursos de medio mundo. Ahora hay quien dice que sólo podemos aceptar los mejores, los más capacitados, los imprescindibles para hacer los trabajos que no queremos hacer. Es otra forma de expolio.

Una cosa muy distinta es la llegada de quienes vienen de forma agresiva y bélica como reacción a los males causados por Europa en el pasado. Si levantamos muros de cemento y no mantenemos con firmeza los que están contruidos sobre nuestros valores, basados en la justicia, la igualdad de derechos y deberes, el respeto a nuestra propia cultura, habremos perdido la seguridad y seguiremos con miedo.●

DEBATE *La economía del conocimiento* / JOAN J. GUINOVART

¡Es el conocimiento, estúpido!

La frase "¡Es la economía, estúpido!", que James Carville, el estratega político de Bill Clinton, acuñó durante las elecciones de 1992 a la presidencia de Estados Unidos, se ha convertido en una fórmula para poner de manifiesto un punto central u objetivo primario. A las puertas de la campaña electoral al Parlamento, es el momento ideal para preguntarnos cuál es el objetivo más importante que debe plantearse Catalunya para garantizar su futuro. Sin duda, es cómo convertirse en una economía basada en el conocimiento. Esperemos que este objetivo reciba la atención que merece en la próxima campaña, pues corremos el riesgo de que el futuro se nos

JOAN J. GUINOVART, presidente de la Confederación de Sociedades Científicas de España (Cosce)

escape de las manos si no centramos nuestros esfuerzos en las cuestiones que realmente decidirán la prosperidad de Catalunya en el siglo XXI.

Catalunya ha superado la etapa en la que podía competir ofreciendo mano de obra barata. Estamos viendo como la producción industrial, incluso la de productos complejos, se puede trasladar de un día para otro a países donde los costes son menores. Ya se percibe que la fabricación rutinaria no es la respuesta; los servicios, entre ellos el turismo, tienen un alcance limitado; la agricultura necesita cada vez menos trabajadores. Así que la pregunta del millón es ¿qué haremos?

En el siglo XXI el poder económico se asentará en el conocimiento. Los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea ya concluyeron en la cumbre de Lisboa del

2000 que si Europa no se convertía en una "economía basada en el conocimiento" perdería su competitividad y la posición de privilegio que ocupa en el mundo. Sin embargo, si hemos de depender de una economía basada en el conocimiento, necesariamente hemos de generar más conocimiento que nos permita identificar nuevas áreas susceptibles de ser desarrolladas y convertidas en empresas rentables. Ahora bien, eso no ocurre sin estímulos y sin invertir en recursos. En primer lugar, es necesario incrementar de forma sostenida la inversión en I+D+i y consolidar un sistema de investigación que genere el entorno adecuado para atraer empresas innovadoras, las cuales optan por establecerse alrededor de los focos de conocimiento donde se concentran las buenas universidades y centros públicos de investigación. Crear

ES EL MOMENTO

ideal para preguntarnos

cuál es el objetivo más

importante de Catalunya

para garantizar su futuro

esos núcleos no está fuera de nuestras posibilidades, pero habrá que competir duro. El segundo gran reto es la educación. Si queremos crear y mantener puestos de trabajo, hay que preparar a los ciudadanos a un nivel comparable, y si es posible, mejor que nuestros competidores. Para ello, es imprescindible instaurar un sistema educativo que capacite a nuestros jóvenes para competir en un mundo global. Final-

mente, la sociedad -como un todo- debe sentirse partícipe de este desafío, apoyando aquellas políticas que contribuyan a fomentar el talento.

En los, aproximadamente, últimos seis años los gobiernos de la Generalitat han tomado medidas que nos orientan en la dirección correcta, aumentando de forma significativa los recursos destinados a I+D y educación y creando un clima social favorable a la innovación. Es importante que el esfuerzo se mantenga, pues sólo la continuidad permitirá alcanzar, antes de que sea demasiado tarde, un nivel suficiente de competitividad. Estamos ante una oportunidad histórica para llevar a Catalunya hacia esa economía del conocimiento de la que depende nuestro porvenir. Es una cuestión de supervivencia, pues está en juego la prosperidad y el bienestar de nuestros hijos y nietos.●